

El visitante

BEATRIZ ESPEJO

Para Luis López Loza

Para Esther Hernández Palacios

Lo esperaba intuyendo oscuramente que nos cambiaría la vida a todos. Desde que vino ya nada es igual. Tomé las medidas pertinentes. Le pedí a mi hija Marguerite permanecer atenta y que, tan pronto repiqueteara la campanilla, abriera y sin dilación lo llevara hasta mi despacho. Se dejó guiar. En el recorrido miraba mis muebles heredados y los objetos adquiridos en múltiples pesquisas con los anticuarios. Se fijó, luego me lo dijo, en la alta y austera chimenea típica de esta región, en la escopeta colgada encima, y en las vitrinas llenas de tazas y platonos. Incluso se detuvo unos segundos ante el péndulo del reloj que puntualmente marca y seguirá marcando el acompasado recorrido del tiempo. Procuré alentar nuestra incipiente conversación mostrándome sorprendido de que él, que mudó tantos domicilios, tuviera interés por las chucherías. Me confesó que también conservaba *souvenirs* de escaso valor monetario. Le servían para recordarle sus andanzas, su apego a determinados establecimientos visitados con frecuencia, etapas de su desarrollo artístico. Guardaba anuncios de restaurantes, un modesto florero de Delph donde ponía ramas cuyas formas necesitaba para sentirse vivo, un par de libros amados como *Le fille Elisa* de Edmond y Jules de Goncourt y *Le Japon artistique*; además de otras bagatelas con las cuales componía sus naturalezas muertas. Pero, sobre todo, al venir tomó la precaución de que su hermano le enviara un rollo del yute que le acomodaba para armar sus bastidores, junto con una buena dotación de óleos. Estaba desesperado por retomar su labor. Me sorprendió tam-

bién que un hombre poco exitoso en su carrera tuviera tantos ímpetus y tanta determinación de proseguir; pero desde luego me reservé esas reflexiones. Los sucesos posteriores me enseñaron cuán apresuradas eran. Por carecer de residencia fija, siguió diciendo, sólo traía consigo baratijas, entrañables sin que supiera la razón, un panderero con la imagen de una campesina romana, un cuadro de fondo dorado destacando a dos *geishas* que le quitaban el sueño porque jamás tuvo *geisha* alguna, una copita de vidrio.

Me lo habían descrito y, sin embargo, me causaron cierto estupor su presencia, su ceño duro y el tono de su voz que de pronto subía innecesariamente como si una exaltación interna e incontrolable lo hiciera demostrar entusiasmos repentinos que, bien lo sé, son peligrosos y demuestran un temperamento inestable oscilante entre las exaltaciones inmotivadas y las hondas depresiones. La intensidad de sus ojos me traspasaba como flechas azules y su cabello rojo y sus barbas y cejas hirsutas y rojas eran su rasgo más sobresaliente. Por estos rumbos no es fácil hallar a un pelirrojo auténtico ni tampoco ese tipo de piel tan transparente, más pálida aún por su fallida y angustiosa estancia en el asilo de Saint-Rémy-de-Provence, donde tuvo gravísimos problemas manifiestos aún en unas ojeras que le llegaban al cachete; sin embargo parecía dispuesto a olvidar esos últimos contratiempos, contento de instalarse en el mediodía de Francia. No me atreví a fijarme demasiado en su oreja derecha mutilada. Temí herirlo aún más. Mi experiencia con los melancólicos crónicos me ha demostrado cuán susceptibles son. Vestía chaleco abrochado cuidadosamente a juego con su traje gris y en desacuerdo con la camisa sin cuello ni corbata. En sus facciones noté algo intenso y reservado

que intentaba disimular como avergonzándose de pertenecerse demasiado, preso de su destino. Su gesto se suavizó al estrechar mi mano sonriendo con una sonrisa austera. Dijo que inmediatamente quería hacerme un retrato y, casi disculpándose debido quizás al escaso valor de sus obras y la nula estima en que la tienen los críticos, me extendió una carta de presentación firmada por Theo, innecesaria pues fue ese hermano suyo quien se puso en contacto conmigo.

Su urgencia por retratarme me ruborizó. Comprendí que le comentaron, probablemente con sorna, el entusiasmo que me causa servir de modelo y mi supuesta emulación de Alfred Buyas, con quien sólo he hablado telefónicamente tres veces y a quien admiro por ser mecenas de Gustave Courbert, que le ganó fama y fortuna. ¡Claro!, en tales aspectos soy un aficionado. Nunca dispondré del dinero que tiene Alfred ni de su juicio para patrocinar a un artista renombrado y pagarle su producción más sobresaliente. Me conformo con los que vienen hasta este refugio en Auvers-sur-Oise, cuyo clima benigno no salvó a mi mujer tuberculosa; pero que me sirve, al menos eso creí hasta el día de hoy, para proporcionar tranquilidad a mis amigos y pacientes víctimas de la angustia que sin duda les producen sus deseos imposibles. Lo sé. Algunos colegas me consideran ególatra y banal por relacionarme desde joven con músicos, actores y artistas. Buscaron mis servicios desde que me recibí con un estudio sobre la melancolía. Era sólo el amplio testimonio de un joven interesado en las perturbaciones mentales. A partir de entonces varios enfermos pagan con obras sus consultas. Así animaron mis veleidades de coleccionista pobretón y de galeno encantado de ver su imagen en un lienzo o en una escultura. A cambio escucho problemas motivados casi siempre por el ejercicio de profesiones harto difíciles. Procuro comprenderlos, aconsejarlos hasta donde alcanzan mis conocimientos, porque el espíritu, en especial el de estos seres frágiles, será siempre un insondable abismo a cuyo borde me detengo asustado. Reconozco una incompetencia que acabo de confirmar. Pero confieso que, no obstante sus horrores y padecimientos, hubiera querido pertenecer a esa raza de locos. A veces me atrevo, cargo caballete y pinceles. Dibujo vistas del pueblo. Mis pobres resultados me devuelven el buen juicio y no insisto demasiado en una tarea que demanda facultades naturales.

Cuando tocó a mi puerta pensé que él también debería clavar su paleta con una alcañata en la pared, como si fuera una mariposa traspasada por un alfiler; que dejara de martirizarse persiguiendo lo imposible; pero la gentileza

del anfitrión y del doctor me impidió exteriorizar tales ideas; además, me lo impidió su mirada entre poderosa y desvalida que no obstante desentrañaba mis pensamientos, escrutándome como si necesitara convencerme de que lo atendiera a cambio del retrato. Sentí ganas de abrazarlo, una compasión fraterna. Le aseguré que no era necesario ningún pago y que incluso antes de su llegada estaba conforme en prestarle mis servicios profesionales gratuitamente. Me respondió con un gesto característico de su vehemencia. Quiso desatar uno de sus bultos y poner manos a la obra desempaquetando sus implementos. Esa actitud me conmovió. No corría prisa y, aparte, podía quedarse y hasta comer con nosotros si le resultaba conveniente. Incluso le propuse para recuperar fuerzas después del viaje un vaso de nuestro buen vino arlesiano; pero él manifestó sus preferencias por un cuarto modesto que le permitiera mayor libertad y por una oscura cerveza holandesa, aunque seguramente yo no la tendría. Supuse que bromeaba en esto último e insistí con el vino. Desde que lo vio imitando un caracol con su equipaje a cuestas, Marguerite simpatizó con él. Había permanecido cerca del cuarto y sin necesidad de pedirse lo trajo una jarra y dos copas. Así bebimos por primera vez bajo mi techo, junto a este mismo escritorio, con las ventanas abiertas para refrescarnos del calor primaveral en ese 20 de mayo que nunca olvidaré. Hablamos de conocidos mutuos, pintores con más reconocimientos que sin embargo él no envidiaba. Casi con la misma rapidez con que intentaba retratarme, yo llevé nuestro diálogo hacia las causas de su angustia; pero con un ademán de los dedos abiertos deteniendo mi acometida dijo que para su confesión general tampoco había prisa y que, apenas cobrara confianza, iría desenrollando ante mí la inmensa lista de sus desventuras, y comenzó a interrogarme como si quisiera saber con quién trataría. El vino me suelta la lengua. No necesité insistir mucho. Le conté que había nacido en una familia de clase acomodada en una provincia del norte. Sólo la abandoné para estudiar en Montpellier donde traté de aliviar al grabador Charles Méryon a base de aguas termales y tratamiento homeopático y eléctrico. Le confesé que pagué de mi bolsa la tela del retrato colocado a la entrada del vestíbulo. Mereció el honor de ser aceptado en el Salón de la Academia y lo hizo Armand Gautier, mi camarada de niño. Escuchaba con interés acentuando la arruga del entrecejo, procuraba concentrarse. Ahora no puedo explicar las emociones que me motivó ni cómo sin darme cuenta me convertí más bien en su paciente, sin que él fuera mío. Sucedió desde el principio. Continué con-

versando por el placer de reconstruir momentos felices de mi juventud y de mis primeros éxitos profesionales cuando cobraba cinco francos por consulta en mi departamento de la rue Fauborg Saint-Denis. Se lo comenté llevado por una catarata nostálgica y sin ánimos de fijar precios; pero su reacción fue inmediata, me dijo que si no era suficiente con el retrato haría otras cosas para compensarme. Le aseguré que con el retrato bastaba advirtiéndole en él un profundo sentimiento de fracaso, una desolación al contemplar por un momento sus manos creyéndolas inútiles. Desconcertado, pisé otros terrenos. Le pregunté si le gustaban unos dibujos de Pissarro que mandé enmarcar y un par de bodegones que me enorgullece poseer porque Cézanne los pintó aquí, durante su estancia en Auvers. Repuso que eran muy bellos y que tanto Pissarro como Cézanne le parecían grandes tipos; pero sus palabras, sinceras, no revelaban una admiración tan profunda como se esperaba en un hombre incapaz de otra aceptación que no fuera la de su propio hermano y de unos cuantos colegas desconcertados que pretenden ayudarlo.

Era un inconforme, un minero terco extrayendo de sí mismo la pepita de oro. Inesperadamente lo supe. Sentí entonces que debía animarlo y me ofrecí en el futuro como intermediario para vender alguna obra de su autoría. Preguntó si sería posible y en su pregunta percibí un súbito interés que a los pocos segundos se convirtió en incredulidad. A partir de ahí no avivó nuestra plática con nuevos temas. Se mostraba muy callado y yo muy parlanchín. Pude adentrarme en los vericuetos de su alma y ahora no tendré esa oportunidad. Le comenté cómo gracias a mis amigos entré en contacto con Monet y que escribí bajo seudónimo una reseña sobre un cuadro de Renoir. Mantuvo su cara de palo. Quise animarlo con bromas que apenas secundó y con un comentario halagador diciéndole que a los *chefs* pasteleros, a los ebanistas y a los médicos incapaces de concebir nada verdaderamente valioso nos tocaba admirar creaciones ajenas. Lástima, me dijo tristemente, que no he tropezado con ningún negociante interesado por mí. Ya tropezó usted con un homeópata, querido amigo, le aseguré. Luego no se me ocurrieron más



Tajiri '60

frases amables, salvo el obligado exhorto para iniciar nuestro tratamiento.

Al despedirnos le pregunté sobre su estado de salud. Se sentía en perfectas condiciones, sus crisis habían pasado y su estancia en el asilo de Saint-Rémy-de-Provence había sido provechosa; pero estaba cansado de vivir en el sur de Francia entre perturbados por lo cual vino a buscarme. Me confió que su hermano acababa de tener un hijo al que le puso su nombre, que eso le daba mucha felicidad y que probablemente lo visitarían pronto. Por supuesto, vendrán, le dije, y a usted le recomiendo pintar, ésa será su terapia. Pinte y olvídense del mundo. Para usted sólo debe contar su oficio. Los zapateros hacen zapatos ¿no? Pues los pintores plasman sus visiones. Me dijeron que el año pasado exhibió usted unos dibujos en el Salón de los Independientes y que hace poco expuso diez cuadros en

alguna otra parte ¿Es verdad? Aceptó con un movimiento de cabeza resignado o impaciente. Además, aquí no estará preso, querido amigo. Podrá ir y venir a su antojo. Suba ese ánimo inmediatamente. Se lo prescribo. Le recomendé una pensión cercana, aunque en este pueblo todo queda cerca. Y reiteré mis invitaciones. Las puertas de mi casa permanecerían abiertas cuantas veces quisiera. Echó nuevamente sus cosas sobre el hombro y se fue dejándome sensaciones desconocidas, presentimientos de que algo terrible y sobrecogedor se aproximaba.

Tomó mis consejos. Se hospedó con Adelaida Ravoux y se entregó a su obra con desesperación como si nadara en un río tumultuoso. Jamás conocí a nadie que braceara con tales ímpetus. Bajaba hasta las oscuridades submarinas de su alma y subía al aire abierto. Se zambullía en su destino como si lo impulsara una fuerza germinada desde el fondo de sus entrañas, desde la pobreza y frustración que había visto y sentido en los demás y en sí mismo. Casi cualquier cosa le bastaba para trazar líneas duras que se correspondían unas a otras, imprimir dedazos feroces, texturas gruesas, emplastes gordos. Una semana después de su llegada había convertido mi jardín en una selva voraz de álces y cipreses inclinados hacia el lado izquierdo, mostrando lejos un cielo ennegrecido. En realidad son unas cuantas yucas y varas escuálidas. A Marguerite la pintó tocando el piano y en medio de un escenario japonés, rodeada de rosas blancas. La claridad se desprende de las raíces perfumadas, la difumina y embarga con un aura. El florero de Delph cumplió su cometido portando amapolas y anémonas sobre una mesa cubierta por un mantel rojo. Pintó niños de rostros amargos, paisajes en pleno vuelo. Sí, no crea que miento ni intente decirme ¡ah, doctor Gachet, usted y sus exageraciones! Él lograba que todo se despegara del suelo para entrar en lo desconocido. Pintó cinco vacas, acacias o frambuesas florecidas, girasoles que hipnotizan a las abejas y que me entregaba sin que yo se lo pidiera. Quería pagar por adelantado el precio de su salud. Animado por las furias hacía versiones de cuanto se le ponía enfrente. Gastaba su material como cartuchos de pólvora. El yute que traje consigo se le terminó pronto y tuvo que solicitar un nuevo envío. Y, tonto de mí, pensé que en esa euforia había hallado la tranquilidad del hombre satisfecho con su trabajo.

Cuando al principio de junio me enseñó lo que había hecho con nuestra iglesia, se me cortó la respiración y caí rendido ante el inusitado espectáculo. Mire, señor

inspector, yo puedo ser un vanidoso como dicen mis detractores y un médico inútil que mientras viva se reprochará su ineficacia; pero tengo ojos para mirar y a veces miro. Las manzanas y peras de Cézanne producen el sutil escalofrío que produce rozar un cristal; pero él consiguió que la iglesia de Auvers a la que he acudido por años también volara, sus muros se convulsionaban por temblores de tierra, sus vitrales amenazaban con estallar, sus caminos se retorcían y Adelaida Ravoux los caminaba des preocupadamente. Ni siquiera la aterraba una tormenta acechante conjugando la paz y la guerra, la calma provinciana y las congojas del espíritu, lo evidente y lo soterrado. Presentí que me ponían zancadillas. A su vez, él me veía. Atisbaba mis reacciones, me reprochaba sin palabras mi nula elocuencia. Dijo que esa obra no debía exhibirse lejos de su propia atmósfera. Lo escuché como si recibiera una orden.

Y ansioso esperé mi retrato. Aparezco apoyándome en el brazo derecho, tocado por una gorra blanca, metido en una chaqueta azul marino. Escondí la satisfacción que me causaba posar nuevamente tras la máscara desencantada de nuestro tiempo. A él le gustaron mis simulaciones y enardecido hizo una copia con algunas variantes, escribió cartas a París dirigidas a su hermano, trazó dibujos, utilizó para sus grabados una pequeña prensa que guardo en el desván. Y me engañó con su efervescencia, el ritmo que salía de sus trazos y embargaba su persona. O al revés. Su fiebre parecía la del feliz mortal que consigue escalar el Monte Olimpo. Lo creí contento. Incluso se refa a carcajadas durante nuestras pláticas. Pláticas, sí señor inspector, porque en lugar de escucharlo yo hablaba. Sólo le recetaba pintar, pintar y pintar aceleradamente. Apenas logré conocerlo. Supuse que había hallado la calma entregándose a su vocación de esa manera. Soy un imbécil calificado de imbécil por sus iguales. Imaginé que lo divertían mis tontas anécdotas y ahora me doy topes de carnero. Me desprecio. Ya no hay remedio. Ha ocurrido lo peor. Adelaida permaneció sin moverse de su lado y Marguerite está inconsolable.

Hace tres días, escuché ruidos en la sala de mi casa. Inútilmente intenté averiguar lo que pasaba. Me asomé a la ventana del segundo piso. Pude verlo tomando las ondulaciones de un sendero, cargaba sus cosas. Vi su cabeza roja reverberando bajo el sol. Pensé que buscaba un motivo para ponerse a trabajar como lo había hecho otras veces. Le grité saludándolo pero no me escuchó. Al poco rato oí el disparo de mi vieja escopeta. ♦